

PALADIUM

Me salvó el mozo. El mozo me salvó a mí, y lo salvó al otro tarado, porque si era por mí, lo mataba.

Bajé del bondi y me metí en la pizzería. Entré como un poseído. Mirando a un lado, y al otro. Fui derecho al baño, a lavarme la cara. Lo mato. Voy y lo mato. Era lo único que podía pensar.

Imaginate un pibe como yo, con veintiín años, un loquito recién llegado del sur. Si se me notaba en la cara todavía. Desconfiado, entraba donde fuera mirando todo, como si esperara el ataque enemigo, se me notaba de lejos, mirá.

Así entré. Con esa cara, y unos pantalones gastados, el pulóver que tenía y las zapatillas Flecha.

No era ninguno de los pibes chetos que se amontonaban en ese boliche. Ni en ese ni en los que estaban por la zona. Todos chetos, los pibes, que no sabían nada de la vida, ¿me entendés?

Y yo con mis zapatillas, mi cara de loquito de la guerra, loco de verdad, con ganas de conocer esos, lugares, bailar, conocer una piba, de ver si pasaba algo.

Entré con mi cara con comedor nuevo. Allá me habían mandado a enfermería porque se me hinchó una muela. Así que me sacaron la muela. Me la sacaron después de sacarme otras que estaban bien, hasta que acertaron. Así que cuando vine tuve que hacerme el comedor a nuevo. Imaginate, un pibito y con la boca como un jubilado.

Todo tuve que hacer de nuevo. Tuve que hacerme la dentadura nueva; y la vida, nueva. Todo lo que tenía antes era de un pibe, y ahora que volvía era un anciano con las ganas de un pibe. Tuve que acostumbrarme a no ser lo que parecía. Parecía joven, y no era. Y parecía loco. Eso sí parecía.

Ese que parecía, ese pibe que era por afuera, así quería comerme los boliches del centro. Comerme la libertad de ese '84.

Así entré en el boliche, medio raro entre tantos raros. Divos, famosos, chicas lindas chetas, y yo. Raro en ese lugar de chetos raros.

Que no te den bola te jode. Pero yo, que sabía lo que es que te jodan, sabía que esos boludos no me podían joder a mí. A mí me jodieron los que me sacaron de Misiones y me dejaron en el frío húmedo.

Imaginate, entrar de colimba en el regimiento de Infantería de Monte, en Misiones. Y aparecer de golpe, en Malvinas, para ver cómo mataban a mi amigo, misionero como yo. Estaba ahí, cuando cayó muerto. Y cayó muerto el teniente Espinosa.

Mirá si me van a joder unos pibes chetos, que la iban de raros. Loquitos. Yo era loquito. Yo sí. Y no me daban bola. Así me la pasé, como bola sin manija. Toda la noche. Escuché a Caviar, ví ahí nomás al negro Olmedo, y a dos minas que se peleaban en el barro.

Son dos de Gambas al ajillo, escuché que decían. Gambas al ajillo, y culo en el barro. Y la gente que bailaba y no pasaba bola. Por lo menos, a mí no me pasaba bola.

Así estuve, mirando, escuchando, sin tomar ni agua porque no tenía para tomar ni agua.

Hasta que me urge mear. Tenía que ir al baño. No va que le pregunto a uno de los que estaban ahí, seguridad, uno de esos.

Dónde está el baño, le pregunto.

Y me dice sí, por ahí, me explica, andá por ahí y empujá esa puerta.

Bueno. Ese sí me quiso joder. Yo sentí que me jodía. Lo quise matar.

Lo hubiera matado.

Hice todo lo que me dijo, pasé, empujé una puerta y ¿dónde estaba? En la calle estaba. Ah, no. A mí no me va a joder, pensé. Porque eso tenía salida por el otro lado.

Tenía que mear. Pero después me iba a ocupar de matarlo a ese turro. Le pregunté por un baño y me mandó afuera. Y el que estaba en la puerta no me dejaba volver a entrar. Pero si vengo de ahí. Ya está completo, y me miraba las zapatillas. Si uno de esos pibes chetos entraba con zapatillas flecha estaba bárbaro. Pero yo, con flecha, no podía entrar. Está completo, y me miraba.

Yo estuve allá, en el culo del mundo, cagándome de frío y de miedo para que este me joda así. No. No.

Me apoyé contra un poste de luz a mear.

Busqué el 132. Busco el arma y vuelvo. Vuelvo y lo mato. Hasta Flores fui así. Voy y vuelvo. Y lo mato.

Lloraba, mirá, de la bronca. Así que yo tengo que cagarme de frío. Cagarme de miedo. Ver cómo caga muriendo mi amigo. Para que uno que la va de seguridad me joda. A mí no.

En la pensión tenía el arma. Y tenía portación. Y balas. Voy y lo mato.

Bajé del bondi y me metí en la pizzería. Entré como un poseído. Mirando a un lado, y al otro. Fui derecho al baño, a lavarme la cara. Lo mato. Voy y lo mato.

Me lavé la cara. Salí.

--¿Qué querés comer?—me pregunta el mozo, y yo caminaba para el lado de la salida.

--¿Qué quiero comer?, si no tengo un mango.

--Vení. ¿Comés pizza? – y le noté el tono de por allá.

--Sí, claro. Como lo que sea, cuando tengo plata. Pero no tengo.

--Vení. Tomate un vaso de agua. Esperá dos minutos. Esperá. ¿Correntino, sos?

--Misionero.

--Igual. Tené. ¿Cuánto hace que no comés?

--¿Qué te importa? ¿Quién lo paga?

--Olvidate. Vos no.

Una grande, me dio. Una grande, napolitana. Y dos cervezas. Imperial, dos Imperial.

--Te ví antes por acá. ¿Vivís lejos?

--No. Cerca. A mitad de cuadra.

--Andá. Cométe la pizza.

A cincuenta metros estaba la pensión donde vivía yo. Corrí. Me metí en la pieza.

Destapé la primer cerveza. Elegí la primer porción. Prendí la radio. La colina de la vida, pasaban justo.

Busco hacer pie en un mundo al revés / busco algún buen amigo

Lo salvó el mozo. La verdad, lo salvó.

Comí otra porción.

Pobrecito. No tiene idea que el mozo le salvó la vida.

Hasta me olvidé dónde guardo el arma.

Escuchá. Escuchá a León.